

DEL “MUNDO DEL TEXTO” AL “MUNDO DEL LECTOR”: *PIERS PLOWMAN* EN LAS CARTAS DE JOHN BALL

FROM THE “WORLD OF THE TEXT” TOWARD THE “WORLD OF THE READER”: *PIERS PLOWMAN* IN JOHN BALL’S LETTERS

Pablo Fernández Pérez *
pablofdezperez@hotmail.es

RESUMEN: Este artículo tiene como objetivo llevar a cabo una breve investigación acerca de la capacidad de los textos literarios y de sus imágenes para ofrecer a sus lectores soluciones prácticas en el marco político medieval. Para ello, se plantea un análisis de las cartas de John Ball – encuadradas en el ámbito del levantamiento inglés de 1381 – y, en concreto, de las referencias en ellas registradas al poema contemporáneo *Piers Plowman* y a su imaginario apocalíptico. Partiendo de presupuestos teóricos vinculados a la historia intelectual, el estudio pretende explorar el espacio en que tiene lugar el encuentro –recurriendo a los términos de P. Ricoeur – entre el “mundo del texto” y el “mundo del lector”, con la intención de identificar posibles usos e interpretaciones y relacionarlos, en su caso, con las condiciones específicas que los producen.

PALABRAS CLAVE: *Piers Plowman*, John Ball, Apocalypticismo.

ABSTRACT: This article aims to realize a brief research about the literary texts and their images’ ability to offer their readers practical solutions in the medieval political framework. To do this, we present an analysis of John Ball’s letters –produced in the area of the English Rising of 1381– and, in particular, of the references in them to contemporary poem *Piers Plowman* and to its apocalyptic imagery. Starting from theoretical budgets linked to intellectual history, the study wants to explore the space where the encounter –invoking P. Ricoeur’s terms– between the “world of the text” and the “world of the reader” takes place, in order to identify potential uses or interpretations and to relate them, when appropriate, to the specific conditions that produce them.

KEYWORDS: *Piers Plowman*, John Ball, Apocalypticism.

Introducción

Llegados a este punto, no parece ya necesario subrayar que, en el marco de una sociedad como la medieval, donde los límites de la cultura se diluyen en una suerte de macrocosmos cristiano, los elementos del pensamiento (hoy considerado) político tienden a impregnar casi cualquier medio de expresión al alcance del ser humano. De hecho, hace ya unos años que se viene asumiendo, de forma más o menos generalizada, que todos los documentos a disposición del historiador, desde meros testamentos a sumas teológicas, son proclives a expresar – en palabras de J. Le Goff (1985, p. 3) – “une imagination de la culture, de l’administration, du pouvoir”. Lo que nos interesa señalar, en este caso, para comenzar el presente escrito, es que la irrupción de las imágenes mentales como objetos históricos también ha traído consigo la recuperación, en el ámbito de la disciplina, de un grupo de textos

* Máster en Estudios Medievales Europeos de la Universidad de Santiago de Compostela. Investigador especializado en historia medieval.

que, tradicionalmente ignorados, se han convertido de un tiempo a esta parte en auténticos documentos privilegiados para el historiador: las obras literarias. Como producciones características de la imaginación, su principal valor para la investigación histórica ha residido hasta ahora en su capacidad de constituirse en reflejos parciales de una totalidad superior a ser restituida – ya fuera esta una *mentalidad*, una *ideología* o un *imaginario social* –; desde este punto de vista, la tarea del historiador sería la de rastrear a través de sus líneas los potenciales puntos de acceso a esa realidad situada “fuera y delante” del documento, con la intención de reconstruirla de la forma más completa posible. Sin embargo, los esfuerzos dedicados a afirmar la legitimidad del texto literario como fuente histórica han relegado a un segundo plano sus funciones agenciales. ¿Cómo actúan estos artefactos políticos en su propia sociedad? ¿Qué papel juegan las imágenes que ellas crean en la vida de su comunidad? ¿Qué recursos pueden ofrecer, y hasta qué punto son capaces de determinar, en un complejo equilibrio de fuerzas, la visión del mundo de su público?: estas últimas cuestiones han sido más escasamente estudiadas, pero su importancia no es, desde luego, menor a la de las primeras.

En este sentido, el nacimiento de la historia intelectual hacia fines del siglo pasado ha logrado ampliar los límites de la investigación histórica abriendo posibilidades hasta entonces prácticamente inexploradas. Teorizada por estudiosos como R. Chartier o F. Dosse, el objetivo fundamental de esta corriente es, en su forma más simple, “elucidar las obras de los pensadores en su historicidad” (DOSSE, 2007, p. 14). No se debe entender el concepto de “obra” únicamente como la forma textual en que se materializa la creación de su autor, sino también – y quizás sobre todo – como las ideas contenidas y derivadas de la misma, cuya vida deberá ser interrogada “a través de un ir y venir constante entre el pasado y las preguntas que le planteamos al pasado a partir de nuestro presente” (DOSSE, 2007, p. 15). Se trata de crear un campo de investigación donde “se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer”, rechazando “la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad” (DOSSE, 2007, p. 14). La historia intelectual pretenderá, por tanto, entender las ideas, las imágenes o las representaciones dentro de sus recorridos en el seno de un grupo humano – ya sea este nacional, regional, social, político o de cualquier tipo –, analizando, más

allá de las fronteras disciplinares, “su gestación, su expresión y su transmisión” (DOSSE, 2007, p. 138).

Es precisamente en este espacio donde surge tanto la concepción como la configuración de este escrito. Partiendo de la convicción de que, como señala Dosse (2007, p. 269), “es inútil enfocar una historia intelectual que se detenga en el umbral de las obras, quedando apartada de su interpretación”, el presente artículo se propondrá analizar una lectura específica de uno de los poemas más importantes del Medievo inglés, *Piers Plowman*, a través de una fuente cuya naturaleza ofrece posibilidades únicas para un estudio como el deseado: las llamadas cartas de los rebeldes de 1381. Estos documentos, seis textos en inglés de extensión variable y atribuidos de forma mayoritaria a John Ball – uno de los líderes clericales más famosos de la Revuelta de los Campesinos –, poseen el honor de contener unas de las pocas referencias registradas en la Edad Media a un texto literario inglés en un contexto enteramente diferente al de su creación original (HUDSON, 1994, p. 86). Su relación, de hecho, va más allá de la mera cita, dado que, como veremos, el recurso y aprovechamiento de elementos retóricos, terminológicos y conceptuales – integrables, casi en su totalidad, en la imagen apocalíptica que los unifica – de una obra tan rica en contenido político como *Piers Plowman* es uno de los pilares básicos de del discurso de las cartas. Por tanto, utilizando los términos creados por P. Ricoeur y recuperados por Chartier (1992), el acometido de este escrito será transgredir los límites del “mundo del texto” para adentrarse en los menos transitados territorios del “mundo del lector”, con la intención de analizar la construcción de sentido efectuada en la transposición de la representación apocalíptica generada por la obra elegida en un ámbito – excepcional en todos los sentidos – como el del levantamiento de 1381. Asumiendo la premisa planteada por Chartier (1998) de que “todo uso o toda apropiación de un producto o de una idea es un trabajo intelectual” (citado en DOSSE, 2007, p. 137), se tratará de demostrar que, pese a ser producidas en un entorno específico, “las obras se escapan y adquieren densidad al peregrinar (...) a través del mundo social” (CHARTIER, 1996, p. 27). Superar el intencionalismo y reconocer lo que Ricoeur (1976) ha denominado “autonomía semántica del texto” (citado en KELLEY, 1996, p. 41) – es decir, aceptar que el sentido pretendido por el autor no agota las posibilidades interpretativas de su obra – permitirá, también, comprender que las relaciones entre “culturas dominantes” y “culturas dominadas” – o, si se quiere, entre “alta” y “baja” cultura – son complejas y no pueden reducirse a simples

procesos de imitación, transmisión o degeneración en sentido lineal; el uso que las cartas de los rebeldes de 1381 hacen del poema demuestra un interés selectivo u “oblicuo” por su contenido, capaz de encontrar en él incluso significados *a priori* “no buscados” por su creador (DOSSE, 2007, p. 132-133).

El resultado pretende ser un breve estudio que, siguiendo el recorrido del texto a través de su sociedad, logre interrogar a sus ideas políticas en sus condiciones sociales de operatividad, su adaptabilidad y pregnancia semántica y, en definitiva, su capacidad de participación en la vida individual y colectiva. Para ello, sin embargo, será necesario llevar a cabo previamente un primer acercamiento al tejido acontecimental y las dinámicas sociales y políticas en que se integran tanto la creación de *Piers Plowman* como, sobre todo, la de las cartas, en cuanto que fuente principal de nuestro análisis. Con la intención de configurar una base sólida sobre la que articular las relaciones entre los discursos a estudiar y su ámbito de producción, las próximas líneas se propondrán conformar un pequeño repaso al carácter y los pilares básicos del levantamiento de 1381, sin renunciar por ello a ofrecer una mirada más amplia sobre su ámbito espacio-temporal. Así que, sin más dilación, comencemos.

Una aproximación histórica a la Revuelta de 1381

Si bien el propósito de plantear una aproximación abierta e integrada a la Revuelta de los Campesinos responde, en gran parte, a la voluntad de entroncar con procesos históricos cuya exploración resulta esencial para comprender el valor de una obra como *Piers Plowman*, lo cierto es que está en la misma medida motivado por la mera necesidad. Resulta extremadamente complicado abordar un fenómeno como el del levantamiento sin antes trazar unas breves pinceladas acerca de la compleja e inestable sociedad que lo vio nacer. Y es que, en 1381, la vida política y económica de Inglaterra acumulaba diversas transformaciones y conflictos en varios frentes. En primer lugar, el enorme descenso de la población registrado, sobre todo, en las primeras décadas de la segunda mitad del XIV a raíz del impacto de la Peste Negra¹ había traído consigo una acusada escasez de mano de obra en el reino que, como es lógico, no tardaría en provocar una importante tendencia inflacionaria.

¹ J. C. Russell ha calculado que, si en 1348, antes de la primera epidemia, la población total de Inglaterra rondaba los 3.700.000 habitantes, para 1377 esta cifra habría descendido ya hasta los 2.250.000, lo que implicaría una reducción de en torno al 40 por ciento; M. M. Postan, por su parte, ha sugerido cifras más cercanas a los 3.000.000 en 1377, y a los 6.000.000 en 1348, lo que nos llevaría a un descenso de en torno al 50 por ciento (KEEN, 1973, p. 170-172).

Pese a los esfuerzos de la aristocracia inglesa por detener el proceso – a través de documentos como el llamado Estatuto de los Trabajadores de 1351 –, lo cierto es que a fines del s. XIV el salario medio se situaba en unas cotas que, en términos de poder adquisitivo, prácticamente doblaban las cifras de 1346, y la movilidad laboral había llegado ya hasta tal punto que se hacía casi imposible para los terratenientes – o para cualquiera – retener a unos trabajadores reforzados en sus posiciones y decididos a mejorar sus condiciones de vida (KEEN, 1973, p. 169-173). El descenso de las rentas y la amplia disponibilidad de tierras incluso abrió la posibilidad a muchos campesinos de convertirse en granjeros o pequeños propietarios, de invertir en nuevos útiles o infraestructuras de cara a una producción orientada al mercado y, sobre todo, de ampliar sus posibilidades de gasto, dando paso al nacimiento de una nueva sociedad que se consolidaría a lo largo de los siglos siguientes (DYER, 2005, p. 126-173).

La reestructuración socioeconómica del campo vino acompañada de importantes cambios en el tejido productivo y ocupacional del reino de Inglaterra. La demanda de nuevos mercados, junto con el desarrollo de una floreciente industria textil, dio inicio a un proceso progresivo de urbanización en el entorno rural que favoreció la cimentación de una cultura comercial cada vez más sólida, así como la consolidación de una élite mercantil asentada, sobre todo, en las grandes ciudades. El ámbito urbano, de hecho, se convirtió en el hábitat natural de nuevas formas de consumo. Los residentes más prósperos podían disfrutar de abundantes novedades en el ámbito de la moda, el mobiliario o la alimentación, así como vivir en casas mejor equipadas, adquirir una mayor cantidad y variedad de libros o gozar de amplias posibilidades de ocio. Londres, favorecida por la proximidad de la Corte regia de Westminster y de los grandes mercados continentales, se convirtió en el lugar preferido por la “gentry” y la incipiente burguesía no solo para efectuar sus compras, sino también para educar a sus hijos en los nuevos centros dedicados a la formación de profesionales liberales y del mundo de los negocios. El hecho de que la mayor parte de los principales poetas, literatos e intelectuales de la Inglaterra de los siglos XIV y XV – entre ellos, según parece, el propio autor de *Piers Plowman* – estuvieran afincados en Londres no hace sino reflejar la incuestionable preeminencia comercial, financiera, política y cultural de la ciudad, así como modelar el particular carácter cosmopolita de la misma y determinar de forma decisiva la visión de la sociedad inglesa reflejada en sus obras (REES JONES, 2007, p. 62-63).

Al influjo de las transformaciones socioeconómicas se sumaba en estos momentos el impacto de una corrupción tanto política como eclesiástica cada vez más acusada. En el primer caso, el fenómeno estaba vinculado a las tensiones internas en la Corte iniciadas durante los últimos años del reinado de Eduardo III y, sobre todo, a uno de los protagonistas de las mismas: el cuarto hijo del rey y primer Duque de Lancaster, Juan de Gante, que había conseguido alcanzar un importante grado de influencia en el gobierno del Reino; su figura, siempre controvertida, no tardó en verse cuestionada por la vinculación de su administración con diversos casos de corrupción, derivando en repetidos enfrentamientos con la facción liderada por el Príncipe Negro (MYERS, 1974, p. 27-29). Por su parte, en el plano eclesiástico, la situación vendría marcada por el desarrollo de corrientes anticlericales y reformistas con cada vez más presencia en la vida política y cultural del reino de Inglaterra, motivadas por el progresivo deterioro de los modos de vida del clero y la generalización de ciertas actitudes por parte de las estructuras de la Iglesia institucional. La escasa atención prestada por los obispos al correcto funcionamiento de sus sedes en favor de sus tareas en la administración real, la patrimonialización de beneficios eclesiásticos – con su consiguiente deterioro de las condiciones de la vida parroquial –, la falta de formación entre el clero, la relajación de costumbres en el ámbito monástico: todo ello está en el origen de las críticas vertidas sobre el estamento clerical y, sobre todo, del desarrollo de una clara crisis de liderazgo espiritual – en la que también el Cisma tuvo mucho que ver – y de un evidente alejamiento entre la población y las estructuras de la Iglesia institucional (KEEN, 1973, p. 221-223). ¿Dónde reside la autoridad última en el seno de la Iglesia? ¿Cuál es la naturaleza de la verdadera Iglesia? Tales eran, como señala A. Brown (2003, p. 51), las grandes cuestiones que, por aquel entonces, preocupaban cada vez más a teólogos, eclesiásticos y, en ocasiones, a los propios laicos.

En este contexto, será la irrupción de un último elemento de discordia, la presión fiscal – y, más concretamente, la aprobación por parte del Parlamento de la tercera capitación o “poll tax” (impuesto que culminaba una década de exacciones fiscales extraordinarias) en 1380 –, lo que terminará por desencadenar las protestas masivas que derivarán en la conocida como Revuelta de los Campesinos. Ya en los últimos días de mayo de 1381 nos encontramos con los vecinos de Essex y Kent – no es casualidad que sea, precisamente, en las áreas del suroeste del país, las más desarrolladas económicamente, donde se inicie y desarrolle

fundamentalmente el levantamiento – oponiéndose a los intentos de los recaudadores reales por cobrar el importe del impuesto y dando, así, inicio a un movimiento cuyo crecimiento fue tan fulgurante que apenas unas semanas más tarde ya se había adueñado de la ciudad de Londres.² Y es que, pese al apelativo de “*rustici*” con que Walsingham o Gower se refieren habitualmente a los insurrectos, la historiografía moderna ha apuntado – basándose en documentos como las acusaciones y las actas de confiscaciones de los oficiales reales a raíz de la derrota de los sublevados – que la composición social de los colectivos rebeldes reflejaba “la estratificación de la sociedad de la época” (HILTON, 1978, p. 242); es decir, que fue “un levantamiento de toda la gente que estaba por debajo de quienes tenían un señorío en el ámbito rural y reconocida autoridad en las ciudades” (HILTON, 1978, p. 242), incluyendo apoyos entre los artesanos, las clases populares urbanas y – al contrario de lo que ocurrió en la mayoría de movimientos contemporáneos de corte similar en el continente – el bajo claro, que jugó en Inglaterra un papel destacado en la dirección de la Revuelta.

Pese a que la participación de este último grupo en el movimiento suele explicarse invocando las deficientes condiciones de vida de las que gozaba por aquel entonces – sobre todo, como mencionamos hace apenas unas líneas, a nivel parroquial –, diversos autores han planteado que los variados elementos críticos existentes entre el clero a raíz de los abusos eclesiásticos y, en palabras de R. H. Hilton (1978, p. 281), “el examen de conciencia de los cristianos preocupados por su fe y su Iglesia” encontraron un valioso cauce de expresión en el levantamiento de 1381. Esta posibilidad es especialmente relevante para nuestros intereses y nos lleva, inevitablemente, a considerar un nuevo factor esencial en el desarrollo de la Revuelta: su aparato ideológico. Por lo general, desde la historiografía ya “clásica” del levantamiento se ha afirmado que entre las filas insurrectas convivían, fundamentalmente, dos tendencias: la “tradición radical cristiana” y la “tradición más legalista surgida de los conflictos con los señores por la libertad de tenencia y condición” (HILTON, 1978, p. 303). Más recientemente, en una línea similar, S. Justice (1994, p. 172-173) ha sugerido que, frente al modelo jurídico y administrativo señorial, los rebeldes parecen defender la capacidad de la comunidad (o sea, de la población rural como una corporación política con derechos y responsabilidades ante la ley común, derivada directamente de la monarquía) para

² Significativamente, entre las actuaciones más destacadas de los rebeldes en la capital se encuentran las decapitaciones de Simon Sudbury (arzobispo de Canterbury y lord canciller del reino), el tesorero Robert Hales y un fraile franciscano médico del rey, así como la destrucción del palacio Savoy (propiedad de Juan de Gante).

autogobernarse según sus prácticas tradicionales, respetando en todo caso la autoridad propia del rey.

Sin cuestionar tales consideraciones, conviene situar el discurso de los rebeldes en su contexto. Y es que la cimentación de una economía comercial, la reestructuración del tejido productivo y, por supuesto, la generalización de la corrupción política y eclesiástica presentaban dificultades de integración no solo en el modelo social vigente, sino también en sus correspondientes bases morales. Como diversos autores han sugerido (véase, por ejemplo, RYDZESKI, 1999), la adaptación a los cambios socioeconómicos generó en ciertos sectores fuertes tensiones entre las todavía incuestionadas formas ideales y los comportamientos de sus componentes, provocando la progresiva aparición de voces críticas y planteando la necesidad de modelos interpretativos que facilitasen la comprensión de los nuevos fenómenos sociales. Es precisamente en este punto donde debemos ubicar, como comprobaremos, el discurso plasmado en las cartas de John Ball; y, del mismo modo, es justamente en dicho espacio donde cobran valor los dos elementos que faltan para completar los preparativos para el estudio deseado: el imaginario apocalíptico, por un lado, y *Piers Plowman*, por el otro. A ellos dedicaremos el siguiente apartado.

***Piers Plowman* y su lógica apocalíptica**

Como ha explicado P. Strohm en *Hochon's Arrow: The Social Imagination of Fourteenth-Century Texts* (1992), los elementos ideológicos a disposición de una sociedad como la medieval no están ligados a ningún sistema político concreto. Por el contrario, se mantienen “unfixed, free-floating, and open to appropriation by contending centers of social power” (citado en RYDZESKI, 1999, p. 98). Su habilidad para conformarse como “propiedad” no solo de un único sector social sino de la sociedad en su conjunto provee a estos “interpretive schemes” de una calidad ambivalente – Strohm utiliza el símil de Jano–, en el sentido de que, en un mismo contexto histórico, pueden ser empleados para justificar a la vez tanto una acción o visión concreta como su contrario. La batalla ideológica fundamental se libraría, entonces, no por la imposición de un modelo interpretativo específico, sino por el control de los términos que componen el modelo establecido (RYDZESKI, 1999, p. 99).

Es bien sabido que los cronistas de la Revuelta de 1381, como en otros casos similares a lo largo del periodo bajomedieval, utilizaron elementos apocalípticos para explicar lo sucedido. Sin embargo, fueron los propios rebeldes quienes los integraron en primer lugar en

su discurso, y, sorprendentemente, a través de la reinterpretación hermenéutica de un texto ya imbuido de una adaptación concreta de esos elementos: *Piers Plowman*. Para muchos la empresa más ambiciosa desde un punto de vista intelectual de toda la Inglaterra medieval, *Piers Plowman* fue, como mínimo, una de las obras literarias inglesas más populares de su tiempo. Conservado actualmente en más de cincuenta manuscritos – una cifra solo superada, en su ámbito espacio-temporal, por Chaucer y sus *Canterbury Tales* – y al menos tres versiones identificables – un texto A compuesto hacia 1367-1370, un texto B escrito entre 1377 y 1379 y un texto C cuya datación se ha establecido en torno a 1385-1386 –, el poema disfrutó de una amplia difusión entre diversos estratos de población, como atestigua la procedencia aristocrática, clerical y burguesa de los primeros poseedores conocidos de las copias existentes. Hoy en día, parece generalmente aceptado que las tres versiones fueron elaboradas por un único hombre llamado – o al menos conocido como – William Langland (c. 1325-c. 1388), pero no existe casi ninguna evidencia firme que nos permita conocer algo más acerca de su figura. Tan solo una breve anotación en el MS 212 del Trinity College (Dublín) incluye tanto el nombre del autor (“willielmi de Langlond”) como el de su padre (“Stacy de Rokayle”), descrito en este caso como un hombre de buena familia (“generosus”) y arrendatario de los Dispensers en Shiptonunder-Wychwood, Oxfordshire. Otra referencia en el MS 128 de la Huntington Library (San Marino, California) afirma que el propio Langland nació en Cleobury Mortimer “within viii myles of Malborne hylles”, información corroborada por la vinculación de la variante dialectal utilizada en el poema con la zona sudoeste de Worcestershire. Sobre su modo de vida no sabemos más que lo que se puede inferir del propio contenido autobiográfico de la obra, aunque parece probable que hubiese recibido algún tipo de formación en Teología y que residiese de forma habitual – como se ha apuntado ya – en Londres o en sus alrededores (KERBY-FULTON, 2002, p. 513).

Como uno de los principales representantes del prolífico género de la *dream-vision*,³ *Piers Plowman* está concebido, esencialmente, bajo la forma de una serie de visiones oníricas en verso aliterado. Su narración, únicamente sostenida por la experiencia visionaria de su

³ En Inglaterra, contamos con una extraordinaria concentración de ejemplos de este tipo de literatura en la segunda mitad del s. XIV, lo que la sitúa como uno de los productos culturales más característicos de su tiempo. De hecho, aproximadamente un tercio de los treinta poemas más importantes compuestos en Inglaterra entre 1350 y 1400 pueden considerarse parte del género, mientras que otros como el *Confessio Amantis* de Gower o los propios *Canterbury Tales* tienen relevantes conexiones con el mismo (BROWN, 1999, p. 22).

protagonista, Will – cuyo propio nombre está dotado de significado tanto alegórico como autorreferencial –, se articula en torno a la “inmersión” del Soñador “en la búsqueda interna de su propia identidad a través de la cual el mundo material que habita” se va “transformando gradualmente en otro abstracto e inmaterial hasta alcanzar una visión de índole platónica” (CASTRO CARRACEDO, 2009, p. 143). En un proceso de anátesis equiparable al de los visionarios milenaristas de la Antigüedad, la progresión espiritual de Will le llevará, a través de diferentes experiencias revelatorias, desde un estado inicial de crisis personal y colectiva hasta el desvelamiento definitivo de la naturaleza apocalíptica del presente, la piedra angular sobre la que – se comprenderá en última instancia – pivota toda la narración del poema. Los primeros *passus* de la obra,⁴ contruidos – tal y como ha mostrado J. M. Castro Carracedo (2009, p. 158-159) – sobre la idea de un “fair feeld ful of folk” (B. Prol. 17)⁵ como imagen isotópica del mundo exterior, se dedican a elaborar una representación especialmente crítica de la sociedad contemporánea, epitomizada a través de figura la Lady Mede – una versión anglicanizada y propia del siglo XIV de la ramera de Babilonia, como advirtió B. Nolan (1977, p. 223) – y su séquito de corruptores⁶ y presentada bajo un aura de confusión y desconcierto.⁷ Tras una “inward journey” psicológica en busca de la Verdad o “Trewthe” –definida por M. W. Bloomfield (1961, p. 152) como “loyalty to the social and spiritual norms of existence”⁸ – que alcanza su clímax en la visión del Descenso a los Infiernos en el *Passus* XVIII, el final del poema constituirá, en la línea de la *recapitulatio* bíblica, un regreso al punto de partida, sobre el que se verterán todos los conocimientos adquiridos a lo largo de los episodios anteriores. De un modo que recuerda a la propia conclusión del Apocalipsis – basada en una retrospectiva que recoge y resignifica todas las imágenes anteriores haciéndolas confluír en un apogeo visual –,

⁴ Se conoce con el apelativo de *passus* –palabra latina que hace referencia tanto a un “paso” o “etapa” de una secuencia como a un “pasaje” de un texto determinado – a cada una de las veinte secciones en que, además del Prólogo, está dividida la obra.

⁵ Todas las referencias a *Piers Plowman* en este artículo corresponden a SCHMIDT, 1978.

⁶ Entre los acompañantes de Lady Mede se encuentran personajes como Favel (Fraude), Gyle (Engaño), Falsnesse (Falsedad) e, incluso, algunos de los Pecados Capitales.

⁷ La conclusión del Prólogo, al igual que otros muchos episodios a lo largo de los siete *passus* siguientes, pretende mostrar – utilizando las palabras de D. Aers (1980, p. 4-5) – una masa de prácticas sociales inconexas en las que no existe ningún tipo de “coherent order, organic unity or social telos, much less a divine one”; los personajes representados parecen formar parte de una sociedad inestable en vías de descomposición que se regodea en “processes of consumption and production which are an end in themselves”.

⁸ “One must preserve in one’s social relations the proper moderation, which consist in fulfilling the duties of one’s station and status. The prototype of all rebellion against ‘trewthe’ is Lucifer, who broke the original pattern of the universe” (BLOOMFIELD, 1961, p. 152).

la conclusión de la obra descubre a una Iglesia acorralada ante las fuerzas del Anticristo y muestra a una Conscience – la personificación, en palabras de A. V. C. Schmidt (1978, p. 29), de “all those who live conscientiously the faith they profess”– que, desesperada, decide convertirse en peregrino y emprender un nuevo viaje en busca del último recurso de la Cristiandad: Piers Plowman, una curiosa figura de extraordinaria fertilidad semántica que se erige como la creación más original del poema de Langland.⁹

En suma, la evolución epistémica sobre la que se construye la narración de *Piers Plowman* sostiene una de las premisas fundamentales sobre las que se edificará este estudio: que, lejos de ejercer – como en ocasiones se ha planteado – de herramienta de activación de impulsos irracionales y generador de desórdenes sociales, las funciones principales del imaginario apocalíptico medieval derivan, sobre todo, de su habilidad para construir conjuntos semánticos coherentes, dinámicos y especialmente prolíficos en un contexto de transformaciones como el propuesto. Utilizando los términos de J. J. Wunenburger (2008, p. 25), la experiencia cognitiva del Soñador de Langland contribuye tanto a “enriquecer” su “representación del mundo” como, de forma derivada, a “elaborar la identidad del Yo”. Pero el poeta – o, en su caso, su álter ego, Will – no fue el único beneficiario de su creación. La adaptabilidad del modelo propuesto por el autor de *Piers Plowman* a diferentes vías de expresión política fue, sin duda, una de las razones fundamentales de su popularidad inmediata e, incluso, posterior (véase, por ejemplo, BARR, 1993); de modo que ha llegado el momento de testar sus posibilidades.

***Piers Plowman* en las cartas de John Ball**

Recurriremos para ello, como se ha dicho, a unos documentos cuya naturaleza continúa todavía hoy repleta de incógnitas: las llamadas cartas de los rebeldes de 1381. Sin profundizar todavía en su contenido, poco se puede afirmar con seguridad acerca de estos seis textos más allá de que se conservan en las crónicas latinas de Henry Knighton y Thomas

⁹ Piers Plowman, el personaje que ha terminado por dar título al conjunto del poema, ejerce varios roles aparentemente diferenciados a lo largo de la obra, si bien siempre en el marco de su condición – utilizando las palabras de M. Carruthers (1973, p. 170) – de “infinite sign of Truth”. Tras presentarse como humilde campesino y guía hacia la Verdad en su primera aparición en el Passus VI, sus funciones posteriores incluyen, entre otras, la de protector del Árbol de la Caridad en el XVI o la de constructor del granero de la Unidad en el XIX, en una constante y sugerente identificación con Cristo e, incluso, con el propio Pedro. Como ha señalado Carruthers (1973, p. 170), “Piers is the *figura* within time, ‘the changing aspect of the permanent’, progressively revealed until the end of time, the vehicle through which the ineffable is articulated within the limitations of human experience”.

Walsingham – ambas datadas hacia finales del s. XIV – y que, mientras tres de ellos están atribuidos a John Ball, los otros aparecen escritos bajo los misteriosos nombres de Jack Milner, Jack Carter y Jack Trewman. Con un abundante uso del ritmo interno y del lenguaje típico de la alegoría popular tardomedieval, los documentos se componen fundamentalmente de motivos escatológicos y reformistas expresados de un modo particular que algunos han considerado “críptico”. Pero ¿quién los escribió? ¿qué son exactamente? ¿a qué público estaban destinados y cuál era su función?

Sobre el problema de la autoría, como se ha dicho, la mayor parte de los estudiosos modernos ha apuntado a Ball como el responsable intelectual – que no necesariamente material – de los seis escritos, identificando los otros tres nombres como pseudónimos del propio clérigo. La respuesta a las dos últimas cuestiones presenta mayores complicaciones. Obviamente, con lo único que contamos es con transcripciones – más o menos manipuladas – de los cronistas, no con los originales, lo que dificulta mucho su comprensión en varios sentidos.¹⁰ Pese a que Knighton – probablemente debido a sus prejuicios en torno a las capacidades expresivas del campesinado – dispone los textos encabezados por los nombres de Milner, Carter y Trewman como discursos (“spoke thus to his fellows”), podemos decir prácticamente sin temor a equivocarnos que todos los documentos son claramente, por su formato, cartas (“epistolae”). Sin embargo, como sugiere Justice (1994, p. 15-29), es posible que, dada la amplia difusión que presumiblemente alcanzaron – la suficiente, al menos, como para haber llegado a manos de los cronistas de St. Albans y Leicester –, las cartas estuviesen de algún modo relacionadas con lo que los documentos oficiales denominan “escrowez” o “schedulae”, y que Justice llama “broadsides”: es decir, simples hojas o rollos colgados o fijados en lugares públicos, como plazas o puertas de iglesias, y muy utilizados durante el reinado de Ricardo II con fines propagandísticos o publicitarios.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, abordaremos los textos presentados de acuerdo con las premisas planteadas en la introducción a este escrito. Así, con el objetivo de valorar la “pregnancia semántica” (WUNENBURGER, 2008, p. 16) de la imagen apocalíptica construida por Langland, se tratará de comprender tanto la “visión del mundo” del mundo reflejada en las cartas como la dimensión de intervención práctica que ella, en conjunción con

¹⁰ La carta recogida por Walsingham fue, según parece, encontrada entre la ropa de un hombre condenado a muerte. Las reproducidas por Knighton, por su parte, fueron probablemente tomadas de un registro oficial ahora perdido en el que se habrían transcrito como prueba judicial.

la naturaleza del acontecimiento social en que se integran los documentos, presupone. Si bien es cierto que las referencias explícitas a *Piers Plowman* no permiten, en ningún caso, elevar el poema a la categoría de fuente única de inspiración de John Ball en el proceso de creación de las cartas, la utilización en estas últimas de un universo terminológico, conceptual e incluso retórico similar al de Langland sí sugiere la existencia de una importante relación de base. Ello no quiere decir, por supuesto, que la relación sea estrictamente lineal; como ya se ha sugerido, toda lectura implica un trabajo de “recreación” que se refleja en la aparición de significados *a priori* “no buscados” por la obra original; y este caso, tal y como tendremos ocasión de comprobar, no es una excepción.

Con la vista puesta en esta serie de cuestiones, articularemos este último apartado en tres secciones. La segunda y la tercera, en relación con lo planteado a lo largo de estas líneas, se dedicarán, respectivamente, a analizar la capacidad del utillaje conceptual proporcionado por *Piers Plowman* para construir identidades propias y ajenas en un contexto como el de la Inglaterra de 1381 y, a continuación, a estudiar las relaciones entre el poema y los diagnósticos sociales y vías de intervención sugeridas por las cartas. Sin embargo, antes es conveniente emplear unas breves líneas para tratar de comprender, en la medida de lo posible, las relaciones previas entre la obra de Langland y un fenómeno como el de la Revuelta; de modo que a ello consagraremos, de forma inmediata, la primera sección.

Piers Plowman y la Revuelta de 1381

Como señala J. Rydzeski (1999, p. 95), no hace falta más que atender al relato que el cronista de la Abadía de Dieulacres hace del levantamiento, en el que sitúa el nombre de “Per Plowman” entre su lista de rebeldes, para comprender la importancia del conocimiento del poema a la hora de interpretar, aunque sea de forma superficial, los mensajes de las cartas. Más allá de su carácter anecdótico, el error del cronista es realmente elocuente, ya que demuestra, sin pretenderlo, una parte – en concreto, la que se refiere al trabajo cronístico – de aquello que A. Hudson intentaba expresar al afirmar que los documentos, “to one who knew nothing about Langland’s poem, would be completely unintelligible” (HUDSON, 1994, p. 86). La otra parte – la que se refiere a los propios rebeldes –, sin embargo, se ha mostrado mucho más problemática, pues se adentra en los pantanosos terrenos de la “cultura popular” y de las costumbres sociales de las clases subalternas. Si Justice está en lo cierto en lo que respecta a sus impresiones en torno al carácter público de los documentos, es lógico suponer que, como

mínimo, las figuras del poema debían ser reconocidas por la mayor parte de los participantes potenciales en la Revuelta. No obstante, es imposible saber con certeza qué tipo de personas podían haber tenido contacto directo con la obra ni qué era lo que sabían de ella. “Was *Piers Plowman* (at one absurd extreme) the bedtime reading of a thousand insurgents or (at the other) John Ball’s distant memory of an evening’s conversation?”, se pregunta Justice (1994, p. 119). Dar respuesta a esta cuestión constituye un desafío de enorme calibre si tenemos en cuenta que las fuentes empíricas habituales para este tipo de investigaciones son totalmente –y casi por definición– inexistentes en este caso: si algunos de los rebeldes tenían acceso a manuscritos parciales o completos del poema, dichos manuscritos habrían tenido, por razones obvias, muy pocas probabilidades de sobrevivir (JUSTICE, 1994, p. 119).

En esta situación, parte de la crítica ha optado por recurrir al análisis temático comparativo con la esperanza de encontrar elementos desde los que trazar vías de comunicación entre el supuesto mensaje político del poema de Langland y la base ideológica de la Revuelta. Sin embargo, los términos en los que se ha planteado la cuestión han dificultado la consecución de posibles avances en este sentido. Articular, como se ha venido haciendo, las relaciones entre ambos polos en torno a una oposición fundamental entre “conservadurismo” – con el que su suele vincular el discurso de *Piers Plowman* – y “revolucionarismo” – asociado, por razones obvias, al levantamiento – supone no solo oscurecer la resolución del problema, sino también estrechar significativamente las posibilidades interpretativas del poema reduciendo su capacidad semántica a la transmisión de un sentido único. Además, como ha sugerido Justice (2004), este tipo de abordajes parten de una comprensión inadecuada del fenómeno apocalíptico, subordinando su poder a la movilización de masas antes que a sus habilidades diagnósticas en cuanto que medio de construcción de realidades. Como se intentará demostrar a lo largo de estas páginas, es precisamente en esta “form of rationality” (JUSTICE, 2004, p. 158) donde se deben buscar las conexiones entre el discurso de Langland y el de John Ball, aun si esta base común no implica la existencia de soluciones o materializaciones idénticas.

Dadas las circunstancias, la herramienta más útil para construir escenarios históricos de posibilidad capaces de integrar las relaciones entre *Piers Plowman* y la Revuelta continúan siendo los estudios que, desde una perspectiva amplia, tratan de analizar las formas de recepción del poema en su entorno inmediato o razonablemente cercano. Trabajos como el

de M. C. Uhart (1988), que examina las respuestas de los primeros lectores y copistas del poema con la intención de reproducir el contexto en que la obra fue originalmente comprendida, han demostrado ser capaces de ofrecer interesantes resultados a este respecto. Temáticamente, los principales objetos de interés entre los lectores del poema parecen haber sido la figura de Lady Mede – con sus respectivos acompañantes y conceptos relacionados – y, obviamente, el propio personaje de Piers Plowman. Dichas preferencias forman parte, sugiere la autora, de una tendencia más amplia hacia el privilegio de la dimensión “ideológica” del poema sobre la dimensión “formal”. La potencia crítica del trabajo de Langland fue recibida con entusiasmo en casi todas las áreas geográficas y temporales analizadas por Uhart, especialmente por su capacidad de adecuación a la situación contemporánea de los lectores. En este sentido, se ha registrado – a partir de asociaciones explícitamente anotadas en los manuscritos – un deseo generalizado de reconocer lo familiar en el relato del poema, evidenciando su “immediate relevance” más allá de su “antiquarian value” (UHART, 1988, p. 231). Como señala la autora, “this shows both the readiness of readers to find their own relevance in the poem, and the adaptability of *Piers Plowman* itself” (p. 226), al tiempo que sugiere la importancia del contexto de recepción para comprender las sucesivas interpretaciones de la obra.

No es necesario subrayar la trascendencia de este tipo de cuestiones para el estudio de las relaciones entre el poema y las cartas de los rebeldes. De hecho, si tenemos en cuenta que, como apunta Uhart (1988, p. 232), parece existir una importante vinculación entre los principales puntos de interés de los lectores y las secciones modificadas por Langland en sus revisiones del texto, es tentador pensar que quizás el impulso que llevó al autor a emprender la revisión que resultaría en el texto C tuvo algo que ver con un supuesto “new sense of moral responsibility” – en palabras de Kerby-Fulton (2002, p. 521) – tras la apropiación de *Piers Plowman* por parte de los rebeldes de 1381; aunque, por supuesto, para valorar las implicaciones de dicha apropiación, es necesario llevar a cabo un análisis más detallado de los documentos presentados.

“Peres the Plowman my brothur”: construyendo identidades en 1381

Entre otras muchas cosas, la repetida presencia del nombre de Piers Plowman en las cartas de John Ball – se le menciona abiertamente hasta en dos ocasiones, en Carter y Ball, 3 – pone de manifiesto un fenómeno descrito por A. Middleton (1990) como la suplantación del

autor por parte de su propio personaje en cuanto que “center and source of authority of the poem” y, sobre todo, como “the origin of a mode of speech and action that abruptly found in his name a condensed rationale for its own continued articulation” (citado en JUSTICE, 1994, p. 120). “Lat peres the plowman my brothur. duelle at home and dyght vs corne” (Carter): estas simples palabras demuestran que Ball entiende y utiliza al personaje de Langland como un elemento disponible para la creación y elaboración de otras ficciones e, incluso, para su propia *re-creación* (JUSTICE, 1994, p. 121). Calificando a Piers de “hermano”, los rebeldes lo integran en su propia comunidad y “secuestran” su figura en un intento de prolongar el contenido semántico que Langland le proporciona – en este caso, esencialmente, la imagen de trabajador humilde y modelo de cristiano ideal – hacia el resto de sus compañeros. De hecho, la empresa que le encomiendan (“duelle at home and dyght vs corne”) – una más que probable referencia a la acción del Passus VI y al famoso episodio del medio acre¹¹ – supone tanto un cuestionamiento del valor espiritual de la peregrinación como, sobre todo, una defensa de la idea de trabajo y de la adecuación a las formas sociales tradicionales en cuanto que bases de la Verdad.

La razón de todo ello, señala Justice (1994, p. 124), es bien sencilla: “the ‘truth’ Langland’s pilgrims seek is something the rebels need not leave home to get, because it is something they already have”. “Stonde manlyche togedyr in trewthe”, dice Ball (Ball, 2), “and helpeth trewthe. and trewthe schal helpe yowe”: “not *searching* but *standing together* – mantaining a place already occupied and a solidarity already forged – describes the rebels’ relation to ‘trewthe’”. Los propios pseudónimos utilizados por los insurgentes en sus cartas – Jack Milner, Jack Carter, John Schep – expresan esta idea de la Verdad como algo no buscado, sino poseído; y es que, entre todos esos nombres – conformados a partir de referencias al trabajo rural –, está el de Jack Trewman, lo que sugiere que, en opinión de los rebeldes, la Verdad forma parte de las comunidades campesinas de la misma forma que lo hacen los

¹¹ Tras presentarse como “amigo” de la Verdad ante una congregación de mil peregrinos, Piers Plowman se ofrece como guía para mostrarles el camino hasta su morada a cambio de que, antes, ellos le ayuden a labrar un medio acre de terreno del que dispone. Sus palabras implican una redefinición integral del concepto de peregrinaje en favor de un énfasis en la idea de “stay-at-home work” – por usar los términos de K. Lochrie (2016, p. 148) – como medio para alcanzar la Verdad (“I wol worshipe ther with Truthe by my lyve, / And ben His pilgrym atte plow for povere mennes sake”, B. VI. 101-104), al tiempo que dan lugar a una representación de la sociedad como una “static hierarchy of estates” dotados de funciones “organically related, mutually beneficial (...) and divinely ordered” (AERS, 1980, p. 2).

molineros (Milner), los carreteros (Carter) o los pastores (Schep).¹² De hecho, la integración de imaginería agrícola y dinámica social –de la que este no es el único ejemplo en los documentos– es otro de los elementos que Ball podría haber tomado prestado de Langland; la imagen del molino en la carta de Milner, con la justicia (“ryght”), el poder (“myght”), el discernimiento (“skyl”) y la voluntad (“wylle”) como aspas, constituye una alegoría muy eficaz del correcto funcionamiento de la comunidad, y recuerda inevitablemente no solo a la acción del medio acre, sino también a la del Passus XIX.¹³

No obstante, como advierte Justice, el poema no proporcionó a los rebeldes únicamente un lenguaje conceptual apropiado para la definición de su colectividad imaginada: también les proveyó de un vocabulario listo para ser utilizado como arma arrojada frente a otros. La articulación de dicho rechazo se produce, en esta ocasión, a través del recurso al aparato terminológico construido por Langland en su descripción de la sociedad del “fair feeld ful of folk”, liderado por la Falsedad y sus derivados y custodiado por los vicios. Significativamente, las ya mencionadas instrucciones de Ball acerca de la Verdad vienen sucedidas por una pequeña alegoría de los Pecados Capitales donde el autor coloca, frente a la “trewthe”, al orgullo y la codicia – también fundamentales en Langland –, así como los otros males contra los que los rebeldes dicen luchar (“Nowe regneth pride in pris. and couetys is hold wys. and lecherye with[outen shame] and glotonye withouten blame Enuye regnith with tresone. and slouthe is take in grete sesone”). Pero la batalla, como señala Justice (1994, p. 186-187), está planteada no solo moralmente, sino también geográficamente; en efecto, en otra de sus cartas (Ball, 3), Ball traza una relación explícita entre las ciudades (“borugh”) y el engaño (“gyle”), situando a las primeras frente a las comunidades campesinas donde habita la “trewthe” (“bee war of gyle in borugh and stondeth [togedire] in godes name”). De esta forma, convierte a la hipocresía en la “plaga” de las ciudades, entendidas estas como centros por excelencia de la administración tanto secular como eclesiástica y del poder político y

¹² Como ha señalado Justice (1994, p. 126), incluso la configuración de los pseudónimos parece seguir un modelo que imita la estructura utilizada por Langland para la creación del nombre de Piers Plowman –es decir, un nombre de pila seguido de un oficio rural–.

¹³ El Passus XIX continúa el desarrollo histórico del poema tras el Descenso a los Infiernos, mostrando la Ascensión de Cristo al cielo – donde esperará hasta el Juicio Final –, el Pentecostés y la edificación de la casa o el granero de la Unidad (Unitee) por parte de Piers Plowman. Langland utiliza el pasado apostólico para construir, en la línea de la tradición reformista bajomedieval, un modelo social ideal – materializado en la distribución de los dones de la Gracia (Grace) y metaforizado bajo la forma de un carro llamado Cristiandad preparado para transportar la cosecha de Piers – que más de un académico ha interpretado como una representación del Milenio agustiniano.

económico. Elocuentemente, el personaje de *Piers Plowman* que, como Piers en el caso de la Verdad, condensa todo el material semántico asociado a estas cuestiones es Hobbe the Robber (“hobbe the robbere”), una figura secundaria en el poema pero convertida ahora en imagen gráfica de los enemigos de la Revuelta.¹⁴

El resultado de todo ello es la conformación de una poderosa imagen dicotómica capaz de transformar las identidades de los contendientes en el conflicto. En una materialización dramática de la “segunda realidad” – utilizando la expresión de B. McGinn¹⁵ – descubierta en el último passus de *Piers Plowman*, la construcción apocalíptica de Langland toma cuerpo a través de la práctica social. Los rebeldes dejan de ser rebeldes para convertirse en “trew men”, y sus víctimas pierden su condición de arzobispos, funcionarios o juristas para transformarse en huestes de la Falsedad. Desvelada la verdadera naturaleza de las partes, solo queda trazar un plan de intervención sobre el terreno; y a ello dedicaremos, por tanto, la última sección de este apartado.

Piers Plowman, rebelión y escatología en el discurso de John Ball

Para cualquier lector de *Piers Plowman*, es inevitable sentir ante la carta de Trewman una cierta sensación de familiaridad. La confrontación entre los conceptos de Verdad y Falsedad, su disposición como figuras autónomas capaces de ejercer el poder en el marco de una sociedad, su referencia al amor verdadero y a la caridad como medios para acceder a la Verdad: todo permite suponer que, si la carta estuviese encabezada por el nombre de William Langland en lugar de por el de Jack Trewman, su contenido no sorprendería a nadie; incluso la configuración específica del enunciado “fal[s]nes regneth in euerylk flokke” parece una reproducción casi exacta de uno de los versos del Passus XX del poema –“Antecrist over alle folk regnede” (B. XX. 64). Como apunta T. Pugh (2000, p. 95), Ball parece creer, al igual que Langland, que Inglaterra se ha corrompido bajo un “torrent of deception”, derivando – con el beneplácito de las élites del reino – hacia un estado de perversión absoluta en el que la Verdad

¹⁴ Pese a sus obvias connotaciones, la elección del personaje de Hobbe the Robber es extraña por la escasa importancia de que goza en el poema de Langland – no se le menciona más que en un par de ocasiones –; por ahora, nadie – hasta donde sabemos – ha logrado ofrecer una respuesta satisfactoria sobre esta cuestión.

¹⁵ McGinn utilizó el concepto de “second reality” para hablar de la generación, a través de la revelación apocalíptica, de un presente alternativo capaz de articular conexiones semánticas tanto en un sentido sincrónico –esto es, entre los diferentes elementos que lo componen (comportamientos sociales, crisis económicas, desastres naturales, etc.) – como diacrónico –entre sí mismo y la propia historia – (MCGINN, 1992, p. 4). La idea de la imagen apocalíptica como disrupción del presente también ha sido explorada por Lochrie (2016).

se encuentra cada vez más acorralada frente a la Falsedad. Y, sin embargo, las diferencias entre la vía de acción – o, más bien, de inacción – elegida por el autor de *Piers Plowman* y la planteada por el de las cartas son tan evidentes que sorprende que estemos hablando de una relación directa entre ambos.

De hecho, aparentes contradicciones como esta son la manifestación más sólida de dos de las premisas fundamentales de las que parte este estudio: la pregnancia social de las imágenes mentales, por un lado; y la autonomía semántica de los textos, por el otro. La actitud de Ball ante el poema demuestra que, aun haciendo un uso extensivo de sus modelos interpretativos, su lectura escapa de la pasividad que se atribuye tradicionalmente a este tipo de procesos; como señala Chartier (1992, p. 38), toda recepción comprende un trabajo intelectual que, “lejos de someter al consumidor a la omnipotencia del mensaje ideológico y/o estético que se considera que modela, autoriza la reapropiación, el desvío, la desconfianza o la resistencia”. Justice ha demostrado que *Piers Plowman* proporcionó a Ball un lenguaje y un estilo, un modelo de articulación social con utilidad conceptual y fuerza política; pero dicho modelo implicó para los rebeldes algo que en ningún caso podría haber significado para Langland: que el remanente de fieles servidores de la Verdad tenía el deber de organizarse para luchar frente a las fuerzas de la Falsedad como colectivo, y que, una vez comenzada la resistencia, estaba en su derecho de utilizar este vocabulario genérico para orientar su acción y su crítica. Significativamente, en la ya mencionada alegoría de los Pecados Capitales, la ira es el único de los siete cuya presencia no se lamenta; esta ausencia es, sin duda, sugerente y podría indicar que, para Ball, la ira era “a justifiable response to the spread of falseness throughout the land” (PUGH, 2000, p. 95-96). A ello se suma, además, tanto la propia referencia que la última de las cartas hace de *Piers Plowman*, en la que la función asignada por Langland se resignifica en una especie de rol justiciero cuyo propósito no es otro que el de castigar a Hobbe the Robber (“biddeth Peres ploughman. go to his werk. and chastise wel hobbe the robbere”), como la petición de auxilio por parte de Milner para “turn hys mylne aright”, una acción con clara vocación transformadora – en el sentido de restitución – en el marco alegórico planteado.

Los tres ejemplos parecen indicar que los rebeldes concebían sus acciones como la materialización de la ira de Dios contra aquellos que han corrompido el mundo – es decir, los aliados de la Falsedad identificados con el poder político y económico –,

autorrepresentándose como instrumentos de un juicio divino aparentemente escatológico. En este sentido, la carta de Carter se expresa en unos términos muy significativos: “that ye make a gode ende. of that ye haue begunnen. and doth wele and ay bettur and bettur. for at the euen men hery[e]th the day. ffor if the ende be wele. than is alle wele”; y, de forma similar, Ball (Ball, 1) hace una súplica a lo divino, instando a María, a Jesús y al propio Dios a prestar su ayuda “to mak a gode ende” (“Nowe is tyme lady helpe to ihesu thi sone. and thi sone to his fadur. to mak a gode ende”). De esta forma, “the rebels depict their rejection of contemporary society in words which illustrate its imminent demise” (PUGH, 2000, p. 96); el énfasis constante en la idea de fin revela una evidente presencia de la urgencia psicológica característica de todo pensamiento apocalíptico, del mismo modo que la repetición del enunciado “the kynges sone of heuene he schall paye for alle” en Milner y Ball, 3 delata la existencia entre las filas sublevadas de claras “hopes for a fitting conclusion both to their own struggles and to the unjust society which engendered such adversities” (PUGH, 2000, p. 97). La tensión temporal palpable en el último passus de *Piers Plowman* se expresa, en este caso, a través de la cruda y concisa fórmula “nowe is tyme”, capaz de condensar en tres simples palabras tanto la dimensión diagnóstica de la imagen apocalíptica heredada de Langland como el sentido instituyente-práctico aportado por los rebeldes. Repetida como un mantra a lo largo de las cartas, la sentencia parece explicar mejor que ninguna otra el interés de Ball en el poema. Y es que, recurriendo a las palabras de T. Eagleton (1999), tanto en las cartas de los rebeldes como en *Piers Plowman* “the only authentic image of the future is, in the end, the failure of the present” (citado en LOCHRIE, 2016, p. 132).

Reflexiones finales

En definitiva, el ejemplo de *Piers Plowman* nos ha permitido aproximarnos brevemente espacio de la producción, la integración y la sedimentación de las ideas políticas en el marco cultural medieval, trazando un pequeño recorrido a través de la vida de las imágenes en su hábitat social. El análisis de la transmisión de la imagen apocalíptica creada por Langland en las cartas de John Ball ha permitido comprobar que el campo de acción de este tipo de representaciones no se restringe a un determinado “nivel” o “espacio” autónomo y acotado en límites reconocibles – ya sean estos los de la “imaginación” o los de la “ideología” –, sino que se adentra activa y plenamente en la vida social de cualquier comunidad – incluso en aquellos ámbitos que, como la Revuelta de 1381, han atraído tradicionalmente la atención

preferente de los historiadores sociales o políticos. El examen desarrollado a lo largo de estas líneas reafirma la impresión de que la partición de la totalidad social en dos instancias – una “material”, determinante, y otra “ideal”, subordinada– no parece ya admisible, y sugiere la necesidad de construir – recuperando las palabras de Chartier (1992, p. 44) – “una nueva articulación entre 'cultural structure' y 'social structure' sin proyectar en ella ni la imagen del espejo (...) ni la del engranaje”.

Además, el transcurso de la empresa permite cuestionar la validez – si no como conceptos, por lo menos como espacios opuestos – de las dicotomías tradicionales entre “high culture” y “popular culture”, por un lado, y entre producción y recepción cultural, por el otro. Como se ha demostrado, la imagen apocalíptica construida por el autor de *Piers Plowman* mantuvo su operatividad en boca de Ball y, a través de él, también en el aparato nocional de los rebeldes, sin que ello implicara una reproducción ingenuamente transparente de su contenido. Tales evidencias reclaman un estudio abierto y transdisciplinar de aquello que podemos denominar “cultura”, entendida esta, de acuerdo con C. Geertz (1987), como una “norma de significados transmitidos históricamente (...) por medio de los cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta” (citado en CHARTIER, 1992, p. 43-44). Solo así se podrá lograr el objetivo último de la historia intelectual y, en el fondo, también el de este escrito: “interrogar a la vida de las ideas a través de un ir y venir constante entre el pasado y las preguntas que le planteamos al pasado a partir de nuestro presente”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AERS, David. *Chaucer, Langland and the Creative Imagination*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1980.

BARR, Helen (ed.). *The Piers Plowman Tradition*. Londres: J. M. Dent, 1993.

BLOOMFIELD, Morton W. *Piers Plowman as a Fourteenth-Century Apocalypse*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1961.

BROWN, Andrew. *Church and Society in England, 1000-1500*. Houndmills: Palgrave Macmillan, 2003.

BROWN, Peter. On the Borders of Middle English Dream Visions. In: BROWN, Peter (ed.). *Reading dreams: the interpretation of dreams from Chaucer to Shakespeare*. Oxford: Oxford University Press, 1999, p. 22-50.

CARRUTHERS, Mary. *The Search for St. Truth: A Study of Meaning in Piers Plowman*. Evanston: Northwestern University Press, 1973.

CASTRO CARRACEDO, Juan Manuel. *Tipología y caracterización del pensamiento apocalíptico en la literatura medieval inglesa* (tesis doctoral no publicada). Universidad de Salamanca, 2009.

CHARTIER, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992.

CHARTIER, Roger. La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas. In: OLÁBARRI, Ignacio; CASPISTEGUI, Francisco Javier (eds.). *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Editorial Complutense, 1996, p. 19-33.

DOSSE, François. *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València, 2007.

DYER, Christopher. *An Age of Transition? Economy and Society in England in the Later Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press, 2005.

HILTON, Rodney H. *Siervos liberados: los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. México: Siglo XXI, 1978.

HUDSON, Anne. *Piers Plowman and the Peasant's Revolt: A Problem Revisited*. *The Yearbook of Langland Studies*. V. 8, p. 85-106, 1994.

JUSTICE, Steven. *Writing and Rebellion: England in 1381*. Berkeley: University of California Press, 1994.

JUSTICE, Steven. Prophecy and the Explanation of Social Disorder. In: MORGAN, Nigel (ed.). *Prophecy, Apocalypse and the Day of Doom: Proceedings of the 2000 Harlaxton Symposium*. Donington: Shaun Tyas, 2004, p. 139-159.

KEEN, Maurice H. *England in the later Middle Ages: a political history*. Londres: Routledge, 1973.

KELLEY, Donald R. El giro cultural en la investigación histórica. In: OLÁBARRI, Ignacio; CASPISTEGUI, Francisco Javier (eds.). *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Editorial Complutense, 1996, p. 35-48.

KERBY-FULTON, Kathryn. *Piers Plowman*. In: WALLACE, David (ed.). *The Cambridge History of Medieval English Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002, p. 513-538.

LE GOFF, Jacques. *L'imaginaire médiéval*. París: Gallimard, 1985.

LOCHRIE, Karma. *Nowhere in the Middle Ages*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016.

MCGINN, Bernard. John's Apocalypse and the Apocalyptic Mentality. In: MCGINN, Bernard; EMMERSON, Richard Kenneth (eds.). *The Apocalypse in the Middle Ages*. Londres: Cornell University Press, 1992, p. 3-19.

MYERS, Alec Reginald. *England in the late Middle Ages*. Londres: Penguin Books, 1974.

NOLAN, Barbara. *The Gothic Visionary Perspective*. Princeton: Princeton University Press, 1977.

PUGH, Tison. 'Falseness Reigns in Every Flock': Literacy and Eschatological Discourse in the Peasants' Revolt of 1381. *Quidditas*. Nº 21, p. 79-104, 2000.

REES JONES, Sarah. City and Country, Wealth and Labour. In: BROWN, Peter (ed.). *A Companion to Medieval English Literature and Culture, c. 1350-c. 1500*. Oxford: Blackwell Publishing, 2007, p. 56-73.

RYDZESKI, Justine. *Radical Nostalgia in the Age of Piers Plowman: Economics, Apocalypticism, and Discontent*. Nueva York: Peter Lang Publishing, 1999.

SCHMIDT, Aubrey Vincent Carlyle (ed.). *The Vision of Piers Plowman: a critical*. Londres: J. M. Dent & Sons, 1978.

UHART, Marie-Claire. *The Early Reception of Piers Plowman* (tesis doctoral no publicada). University of Leicester, 1988.

WUNENBURGER, Jean-Jacques. *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 2008.